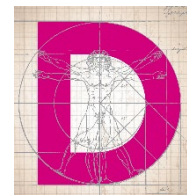


Digilec 10 (2023), pp. 55-73

Fecha de recepción: 30/03/2023

Fecha de aceptación: 05/09/2023

DOI: <https://doi.org/10.17979/digilec.2023.10.0.9597>



e-ISSN: 2386-6691

EL PERFIL DE LA INSTITUTRIZ Y LA EDUCACIÓN FEMENINA VICTORIANA EN *AGNES GREY* DE ANNE BRONTË

THE PROFILE OF THE GOVERNESS AND VICTORIAN FEMALE EDUCATION IN *AGNES GREY* BY ANNE BRONTË

Blanca Paula RODRÍGUEZ GARABATOS*
Universidade da Coruña
Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4667-5084>

Resumen

En las novelas victorianas, el personaje de la institutriz (“governess”) es muy interesante debido a la singularidad de su propia educación y a las particularidades que rodean el ejercicio de su profesión. En *Agnes Grey* de Anne Brontë, la autora dibuja un perfil laboral, social y psicológico de la protagonista que viene determinado por la exclusión social y la alienación. La *governess* es una mujer que se aleja de los arquetipos femeninos aceptables por la sociedad. Nos referimos a una fémmina culta y lectora a la que se critica por sus aficiones, una figura que roza lo maternal, pero cuyo cariño y autoridad se desdeñan porque no es madre, una soltera joven cuya pulsión sexual y posible atractivo deben ser reprimidos, un ejemplo de virtudes cristianas imprescindibles para guiar a sus pupilos, quienes, no obstante, desoyen sus consejos. La historia de Agnes Grey nos permite trazar un panorama general sobre la personalidad y desempeño de sus colegas de profesión y nos ofrece una imagen poco halagüeña de un oficio que, en principio, podría resultar enormemente gratificante.

Palabras clave: educación; institutrices; Anne Brontë; *Agnes Grey*; literatura inglesa

Abstract

In Victorian novels, the character of the governess is very interesting because of the uniqueness of her own upbringing and the particularities surrounding the practice of her profession. In *Agnes Grey* by Anne Brontë, the author draws an occupational, social and psychological profile of the protagonist that is determined by social exclusion and alienation. The governess is a woman who distances herself from the feminine archetypes

* Facultade de Filoloxía, Campus da Zapateira, s/n. A Coruña. Email: blanparoga@edu.xunta.gal

of society. We are talking referring to an educated and well-read woman who is criticized for her hobbies, a figure that borders on the maternal, but whose affection and authority are disdained because she is not a mother, a young single woman whose sexual drive and possible attractiveness must be repressed, an example of essential Christian virtues to guide their pupils that nevertheless, disregard her advice. The story of Agnes Grey allows us to draw a general picture of the personality and performance of her professional colleagues and offers us an unflattering image of a trade that, in principle, could be enormously rewarding.

Key Words: education; governess; Anne Brontë; *Agnes Grey*; English literature

1. INTRODUCCIÓN: ANNE BRONTË Y AGNES GREY, UNA AUTOBIOGRAFÍA

Agnes Grey es un trasunto autobiográfico de la novelista Anne Brontë (1820-1849). Nacida en Thorton, Yorkshire, fue la menor de las hermanas Brontë y escribió bajo el pseudónimo masculino de Acton Bell. *Agnes Grey* (1847) es su novela más conocida, aunque también fue autora de un poemario (1846) junto a sus hermanas mayores, las famosísimas Emily y Charlotte, al que contribuyó con veintiún poemas. En su breve vida, tuvo tiempo de redactar una segunda novela, *La inquilina de Wildfell Hall* (1848). Murió de tuberculosis al año siguiente de acabarla.

Anne cursó estudios para ser institutriz, única salida honesta en aquella época para las mujeres que querían ganarse la vida y ser independientes. A los diecinueve años, empezó a ejercer como educadora para la familia de un reverendo, pero su experiencia fue muy poco satisfactoria ya que se encontró con unos pupilos ingobernables y consentidos sobre quienes no le permitían ejercer la disciplina que precisaban. Anne renunció a su puesto, frustrada en sus ideales pedagógicos. Esta decepcionante experiencia sirvió de inspiración para su primera novela, *Agnes Grey*.

Agnes es, como Brontë, hija de un clérigo que gracias a una educación exquisita se plantea trabajar como institutriz para poder ganarse la vida. En el caso de Agnes, un negocio fallido de su padre, el desdén de su opulenta familia materna y la frágil salud de su progenitor, son los condicionantes que determinan su decisión de hacerse con un dinero propio para dejar de ser una carga familiar y en la medida de lo posible, ayudar a los suyos.

Miss Grey va a relatar sus experiencias como “gobernanta” o institutriz en casa de dos familias distintas, los Bloomfield y los Murray. En su primer destino, Wellwood House, se encarga de la educación de tres niños muy pequeños y problemáticos: el señorito Tom Bloomfield, de siete años, que se revela como un auténtico psicópata, aficionado a cazar pájaros para “descuartizarlos” o “asarlos vivos” (Brontë, 2020, p. 33) y sus hermanas; la señorita Mary Ann, una criatura rebelde y “obstinada” (Brontë, 2020, p. 49) y la pequeña Fanny, “dañina, intratable, rendida a la falsedad y el embuste” (Brontë, 2020, p. 51). Tras un fracaso estrepitoso y un despido injusto, Agnes pasa a trabajar para los Murray, una familia de mejor posición social que la anterior, en cuya residencia de Horton Lodge, se ocupará de la formación de Rosalie (dieciséis años), Matilda (trece), John (once) y Charles Murray (diez). Tampoco este desempeño, aunque algo más provechoso que el anterior, será todo lo idílico que la institutriz esperaba.

2. ANNE BRONTË, AGNES GREY Y LA EDUCACIÓN VICTORIANA

Desde su infancia, Anne Brontë estuvo en contacto con el mundo de la literatura gracias a su padre, el reverendo Patrick Brontë. Mr. Brontë trató de transmitir a sus seis hijos su pasión por la lectura. Mary, Elizabeth, Charlotte, Patrick, Emily y Anne tenían a

su disposición una vasta biblioteca, tal y como nos cuenta Elizabeth Gaskell en *Vida de Charlotte Brontë* (1857):

María¹ leía los periódicos y transmitía la información a sus hermanas más pequeñas que, por asombroso que parezca se interesaban por ella. Pero supongo que no tenían libros infantiles y que sus mentes ávidas pacían tranquilamente en los saludables pastos de la literatura inglesa (Gaskell, 2016, p. 101).

Además, según nos cuenta Gaskell (2016, p. 128), Mr. Brontë fomentó en ellos el hábito de leer periódicos de diversas tendencias políticas ya que compraba el *Leeds Intelligencer* (*tory*²) y el *Leeds Mercury* (*whig*) y le prestaban el *John Bull* (*tory radical*) y la revista *Blackwood's Magazine*.

Todas estas lecturas forjaron el bagaje cultural de los hermanos Brontë y les permitieron, ya a temprana edad, tener opiniones formadas sobre asuntos de envidia. Gaskell (2016, p. 102) recoge una interesante anécdota a este respecto: cuando Patrick Brontë pregunta a su hija Anne qué es lo que más necesita un niño, ella responde: "edad y experiencia". Estas ansias tempranas de madurez de la autora se verán refrendadas posteriormente en las páginas de *Agnes Grey* cuya protagonista, ante la negativa paterna para ejercer como institutriz, piensa en "lo delicioso que sería [...] salir al mundo, empezar una nueva vida, tomar mis propias decisiones, desarrollar las cualidades que tenía sin usar, probar las capacidades que tengo y no conozco" (Brontë, 2020, p. 19).

En la educación femenina de la época victoriana, la adquisición de habilidades culturales y artísticas (música, dibujo, canto y labor) superaba con creces a la instrucción en materia de gramática, ortografía, cálculo aritmético, latín o geografía e historia. Las mujeres recibían una formación "de adorno" que en absoluto podía equipararse con la que recibían los varones. Dado que su futuro pasaba por ocuparse del hogar y de las tareas propias de su sexo, se entendía que no necesitaban muchos más conocimientos. Significativamente, todos los saberes que la educación femenina proporcionaba eran útiles para cualquier asunto relacionado con los deberes domésticos. Los idiomas resultaban eficaces para poder hablar con las visitas, las matemáticas permitían llevar adelante las labores de intendencia y los conocimientos científicos podían ser aplicados a la higiene del hogar, a la salud de la familia o a la salubridad en la cocina (Fernández, 2015, p. 310).

Tanto en las familias de clase media como en las más pudientes, la educación que se consideraba más adecuada para las muchachas es que la que se ofrecía en la residencia familiar, normalmente a cargo del padre o de la madre (Pérez, 2018, p. 257). La propia

¹ Mary y Elizabeth murieron a raíz de una tisis contraída en el colegio de Cowan Bridge en donde también estudiaron Charlotte y Emily (Gaskell, 2016, p. 119). Mary, quien destacaba por su portentosa inteligencia fue el modelo para el personaje de Helen Burns en *Jane Eyre* (Gaskell, 2016, p. 114). En *Agnes Grey*, Anne Brontë también le rinde un homenaje a través de Mary Grey, hermana mayor de la protagonista.

² *Tory* es el nombre con el que se denomina a quien pertenece o apoya al partido de los conservadores y *landlords* en Gran Bretaña (Wilks, 2019, p. 183). En un principio, el término tenía connotaciones despectivas, ya que procede de la palabra irlandesa *hairide* o *tóraighe*, que significaba bandolero. Sus oponentes políticos eran los miembros del partido *whig* quienes representaban a los disidentes religiosos y a los comerciantes y cuya ideología buscaba reformas electorales, parlamentarias y filantrópicas (Wilks, 2019, p. 320).

Agnes, hija de clérigo y de la heredera de un rico hacendado, es criada de acuerdo con este modelo:

Mary y yo fuimos educadas en una reclusión estricta. Mi madre que era una mujer con mucho talento, culta y trabajadora, tomó a su cargo nuestra educación con la única excepción del latín (que nos lo enseñó mi padre) así que, ni siquiera fuimos a la escuela (Brontë, 2020, p. 9).

En el caso de los grupos sociales con más ingresos lo ideal era disponer de una institutriz que moldease el desarrollo físico y moral de las jóvenes, mientras que lo más apropiado para sus hermanos era abandonar el domicilio familiar en cuanto pudiesen asistir a algún internado (Pérez, 2018, p. 256). Tal y como nos cuenta Agnes cuando empieza a ejercer como *governess*, éste es el caso de los niños Murray. Mientras que la "marimacho" Matilde³ (Brontë, 2020, p. 101) y "la irritable y caprichosa" Rosalie (Brontë, 2020: 100) van a recibir una educación basada en "la adquisición de talentos ornamentales" (Brontë, 2020, p. 102) que, de acuerdo con los deseos maternos, les faciliten alcanzar el éxito social y un matrimonio ventajoso; sus hermanos Charles y John, asistirán en el futuro a la escuela ya que, según su padre dice: "la educación en el hogar no era una opción" (Brontë, 2020, p. 106). Agnes lo corrobora cuando habla de la primera impresión que le causa su pupilo, John Murray:

El señorito Murray [...] iba a ser enviado a un colegio, lo que para mí era un gran alivio, en el transcurso de un año, con un nivel de ignorancia en verdad escandaloso, en cuanto al latín, así como de las cosas más útiles también olvidadas (Brontë, 2020, p. 104).

En la época victoriana, la mujer no tenía lugar en el mundo literario ni intelectual, no obstante, paradójicamente, es en este período cuando por primera vez las escritoras cobran un papel central en la literatura inglesa, como podemos ver en el caso de Anne Brontë y sus famosísimas hermanas. Para estas pioneras de la literatura femenina, la escritura y la lectura de novelas es un medio para adquirir experiencia en las convenciones tanto de tipo social como romántico y de esta manera poseer una perspectiva crítica dentro de un mundo dominado por la opinión masculina (Walker, 2014, p. 9). Virginia Woolf (2012, p. 90) en *Una habitación propia* (1929), subrayaba esta importancia de la observación de la realidad y el análisis de las emociones que las rodeaban como principal escuela para las primeras novelistas en lengua inglesa.

No obstante, para la sociedad decimonónica inglesa, sí resultaba importante fomentar la lectura y la escritura como vehículos de entretenimiento femeninos. De hecho, en la configuración de los espacios domésticos de las viviendas de la clase media y, sobre todo, de la clase alta, adquirió una especial importancia la biblioteca, como estancia independiente destinada tanto a conservar los libros, como a servir de lugar

³ En la época que se describe, las jóvenes deben poseer una gran capacidad de autocontrol. A las niñas se les permite ciertas actitudes "tomboy" (chica con características y ademanes masculinos), pero solo hasta la pubertad, momento en el que la femineidad debe caracterizar a la adolescente que debe abandonar para siempre otras actitudes, consideradas inapropiadas para esta nueva edad (Fernández, 2015, p. 349). Esta labor transformadora es también función de la institutriz en *Agnes Grey* (Brontë, 2020, p. 103).

idóneo para su lectura (Correa, 2006, p. 31). Las bibliotecas eran entendidas no sólo "como retiro intelectual o profesional, privado, de lectura silenciosa e individual, sino que desempeñaron también un papel de sociabilidad cultural: un espacio para ser exhibido y valorado como capital simbólico" (Martínez, 2001, p. 465). Muy significativo, a este respecto, es el comentario que Rosalie Murray hace a Agnes cuando acude a visitarla a su casa de Ashby Park: "Y en cuanto pueda, le mostraré la biblioteca. Yo no he examinado sus estanterías pero me atrevería a decir que está llena de libros sabios y puede ir a hurgar entre ellos cuando quiera" (Brontë, 2020, p. 271).

Se debe observar en relación con el acceso al libro por parte de la mujer en el siglo XIX, un cambio de actitud muy interesante ya que se desarrolló masivamente la lectura individual que se concebía, además, como una experiencia íntima, vinculada a la esfera privada de la existencia (Correa, 2006, p. 32). En *Agnes Grey* esta idea se puede observar en el interés lector de la viuda Nancy Brown, quien aquejada de una inflamación de los ojos, lamenta no poder releer las Escrituras: "Si le complace a Dios salvarme la vista de manera que pueda volver a leer mi biblia, pienso que estaré más contenta que una reina" (Brontë, 2020, p. 138).

La señora Brown no tiene acceso a muchos libros, pero el que posee es para ella un tesoro de sabiduría que lee de manera incesante, una afición que genera las críticas de su párroco, el señor Hatfield quien le reprocha: "Lo que tienes que hacer es venir a la iglesia en donde oirás las escrituras bien explicadas en lugar de quedarte estudiando la Biblia en casa" (Brontë, 2020: 141).

Esta lectura intensiva es bien distinta de las lecturas de Agnes quien, por su condición de institutriz, tiene acceso a más libros que la pobre Nancy y cuya afición lectora es objeto de reproches por el señor Weston, quien, tras seis semanas sin poder verla, le señala: "Me dijeron, que era usted un perfecto ratón de biblioteca, señorita Grey, tan absorbida en sus estudios que estaba perdida para cualquier otro placer" (Brontë, 2020, p. 241). Lo mismo ocurre con Rosalie Murray, que disfruta leyendo la última "nueva novela de moda" (Brontë, 2020, p. 177) mientras pasea y procura hacerse la encontradiza con una de sus conquistas, el párroco Hatfield.

En los dos primeros casos, resulta llamativa la censura masculina hacia la afición femenina por la lectura (Walker, 2014, p. 9), cuando dicho interés aleja a las mujeres del control masculino⁴. El reproche del clérigo tiene mucho que ver con la supervisión que se ejercía sobre las lecturas femeninas que debían ser sobre todo morales, pedagógicas o sentimentales mientras que, el género novelístico se consideraba peligroso debido a que inflamaba la imaginación femenina (Duby y Perrot, 1993, p. 174). Estas críticas no recaen, sin embargo, en la coqueta Rosalie a quien su madre quiere fiscalizar, no en cuanto al contenido de los libros que lee⁵, sino en lo relativo a los lugares en donde lo hace: "¿Por

⁴ Conviene recordar igualmente que esta actitud proteccionista derivaba de la consideración de la mujer como un ser débil e influenciable, a quien convenía proteger ya que, según afirmaban teóricos como Nicholas Cooke: "la sustancia del cerebro masculino tiene más consistencia, más densidad, en la mujer es más suave y menos voluminosa" (cit. en Correa, 2006, p. 34).

⁵ Como bien señalaba Emilia Pardo Bazán (1976, p. 90) acerca de este tema, a la mujer "[e]n literatura se le ocultan, prohíben o expurgan los clásicos, y se la sentencia al libro azul, el libro rosa y el libro crema; y de todas estas falsedades, mezquindades y miserias sale la mujer menguada y sin gusto, con el ideal estético no mayor que una avellana".

qué no puede hacerlo (leer) en el parque o en el jardín?, ¿por qué tiene que irse al campo y a los senderos?" (Brontë, 2020, p. 179).

3. *AGNES GREY: RETRATO DE UNA INSTITUTRIZ*

En un contexto tan restrictivo como la Inglaterra victoriana, abrirse camino en un mundo básicamente masculino siendo mujer era realmente complejo aunque, como señala Rosa Regás (2008, p. 7): "hubo algunas que, sobre todo por la educación que recibieron, fueron capaces de entender cuál era su vocación oculta y dedicar a su consecución, su voluntad y su fantasía". Mujeres como Anne Brontë entendieron la cultura no sólo como conocimiento sino como un elemento que "permite ahondar en las propias capacidades mentales y emocionales" (Regás, 2008, p. 9). La propia Agnes corrobora esta idea cuando, ante las escasas aspiraciones culturales de sus pupilas, manifiesta su temor de que verse ella misma degradada: "ya me parecía sentir mi intelecto deteriorándose y mi corazón convirtiéndose en piedra" (Brontë, 2020, p. 153).

La mujer no sólo tuvo que luchar para recibir la misma educación que un hombre sino también para que su trabajo fuera igualmente valorado. De hecho, en la novela, cuando Agnes decide poner un anuncio para conseguir un segundo empleo e incrementa sus aspiraciones salariales de veinticinco a cincuenta libras, tiene en cuenta exclusivamente, la calidad de sus cualidades como enseñante: "música, canto, dibujo, francés, latín y alemán, no está nada mal. Muchos querían todo eso en un solo instructor" (Brontë, 2020, p. 84)

La mayoría de los primeros retratos literarios de institutrices que datan del siglo XVIII⁶, presentan a profesoras muy apreciadas por su desempeño (Barker-Benfield, 1992, p. 369). El objetivo de estas primeras narraciones era, sobre todo, ejemplarizante ya que exaltaban las cualidades excepcionales que eran exigibles a aquellas mujeres que quisieran dedicarse a la docencia. Sin embargo, a partir de 1830, la figura de la institutriz empieza a ser retratada como una víctima, a merced de unos patronos "insolentes y quisquillosos" (Brontë, 2020, p. 84) o directamente hostiles y críticos con su labor ya que "a nadie le gusta que les cuenten los defectos de sus hijos" (Brontë, 2020, p. 35).

Los cambios económicos y sociales ocurridos a mediados de 1800 afectaron a la posición de las institutrices y las novelas que se ocupaban de las *governess* empezaron a abordar nuevas temáticas como la pobreza sobrevenida, la soledad, y los conflictos con sus empleadores. Las condiciones de trabajo, la marginación y la posición social de las protagonistas se podía plasmar fácilmente enfrentándolas con patronos arrogantes de clase alta que entendían poco o nada su situación (Catelli, 2008, p. 7). Un aspecto muy significativo en este género que perdura a lo largo de todo el siglo XIX es que la institutriz era un personaje tan anodino como misterioso, una mujer de la que, por motivos que nada tenían que ver con su personalidad o carácter, se conocía poco o nada.

Dentro de la jerarquía del personal doméstico y por encima de las criadas, se encontraban estas gobernantas, "manzelles" o "miss", muchachas reclutadas, como

⁶ Los ejemplos más tempranos son *Anécdotas de Mary*; o, *La buena institutriz* (1795) de H.S. y *La buena institutriz francesa* (1801) de Maria Edgeworth.

Agnes, en familias burguesas modestas. Esta categoría de mujeres solas, inmortalizada por las hermanas Brontë en *Jane Eyre* y *Agnes Grey*, atrajo la atención de los observadores de la época. Se trata de un fenómeno especialmente importante en Inglaterra en donde el modelo victoriano, al no ofrecer otra alternativa que los polos de madre o prostituta, cargaba a las mujeres solteras, de una imagen de pureza, bondad, virginidad y sacrificio que Anne Brontë supo reflejar particularmente bien en su novela (Duby y Perrot, 1993, p. 443).

La institutriz, dada su formación intelectual y sus exigencias retributivas, era un símbolo de buena posición social para las familias que la empleaban. Ya hemos señalado que sólo las familias más pudientes podían permitirse disponer de una educadora en exclusiva para sus hijos e hijas. A pesar de este rol tan importante, la soledad de las institutrices en las casas en las que trabajaban resultaba insoportable debido a que su papel específico como enseñantes, hacía que no perteneciesen ni a la familia, ni al servicio.

Anne Brontë ilustra muy bien este problema en su novela. Al llegar a Horton Lodge, Agnes, que no puede asearse porque todavía no dispone de sus enseres, solicita ayuda a "una mujer bien vestida" que resulta ser la doncella personal de la señora Murray quien según nos cuenta:

Con aires de alguien que accede a prestar un favor inusual, se comprometió a ordenar el envío de mis cosas [...] Al poco, una doncella de aspecto rudo y un hombre, que no demostraron una actitud muy respetuosa hacia mí, trajeron mi equipaje (Brontë, 2020, pp. 92- 93).

La protagonista vive dolorosamente la contradicción entre los valores que se atribuyen a su educación de *gentlewoman* y las funciones que se ve obligada a ejercer. Símbolo del nuevo poder de las clases medias, la "miss" se ve arrastrada, en virtud de su trabajo remunerado, a lo más bajo de la escala social. Es una burguesa en estado de necesidad cuyo trabajo se convierte en una prostitución de su educación. En el triángulo conflictivo entre padres e hijos, la gobernanta tampoco encontrará el apoyo del resto de las domésticas (Duby y Perrot, 1993, p. 445). Unos capítulos más tarde, Agnes abunda sobre este tema y dice:

Los sirvientes, viendo la poca consideración que profesaban a la institutriz, tanto padres como hijos, rebajaban su comportamiento hasta el mismo estándar [...] despreciaban mis solicitudes y menospreciaban mis instrucciones. [...] el servicio doméstico, en general es ignorante y está poco acostumbrado a la razón y a la reflexión y se deja corromper fácilmente por el mal ejemplo de quienes están por encima de ellos (Brontë, 2020, p. 109).

Si los criados se muestran desdeñosos con ella, tampoco los señores de la casa son mucho más amables. De hecho, así nos describe los modales ásperos de su empleador:

el señor Murray era, según todas las opiniones un propietario campechano y fanfarrón, un devoto cazador de zorros, un hábil jinete y [...] un generoso *bon vivant*. Digo, según todas las opiniones porque excepto los domingos, cuando iba a la iglesia, yo lo veía de mes en mes [...] En esas ocasiones, si pasaba lo suficientemente cerca de mí como para hablar,

hacia un gesto de asentimiento sin ceremonias, acompañado de un "Buenas, señorita" o cualquier otro saludo de este tipo, generalmente breve (Brontë, 2020, p. 95).

Agnes es parte del mobiliario de la casa, una presencia invisible⁷ que vive con la familia, pero que no forma parte de ella. Un ejemplo de esta idea la encontramos en su testimonio a propósito de su aislamiento, durante los paseos de regreso de la iglesia los domingos:

Como ninguno de los antes mencionados, damas y caballeros, notaba siquiera mi presencia, era desagradable pasear a su lado [...] Ellos hablaban por encima de mí o a través de mí, y si mientras lo hacían sus ojos se detenían en mí, parecía que miraran al vacío como si no me vieran o estuvieran deseosos de hacer que lo pareciera (Brontë, 2020, p. 166).

Miss Grey vive en un ambiente de exclusión. En la novela podemos observar muchos otros ejemplos de la imagen de la protagonista marginada y excluida, independientemente de sus cualidades intelectuales y personales, en el seno de una sociedad tan clasista como la victoriana:

El señor Hartfield nunca me dirigió la palabra, como tampoco lo hicieron sir Hugh o lady Meltham, ni el señor Harry ni la señorita Meltham ni ningún otro caballero o dama de los que frecuentaban aquella iglesia ni, en verdad, nadie que fuera asiduo en Horton Lodge (Brontë, 2020, p. 129).

Así vemos cómo en situaciones cotidianas y casi a diario, la institutriz se siente fuera de lugar. Esa es la razón por la que Anne añora constantemente su hogar. Es muy significativa, a este respecto una conversación que mantiene con su amigo, el clérigo Weston, en la que tras afirmar que sus flores favoritas son las silvestres, desdeña las violetas porque como ella misma dice: "no hay nada en particular que me haga sentirme unida a ellas ya que no hay dulces violetas en las colinas y valles de los alrededores de mi casa" (Brontë, 2020, p. 170).

Las institutrices se ven marginadas aunque su condición social inferior venga dada por motivos circunstanciales, como en el caso de Agnes. El infortunio económico familiar a causa de un naufragio ha provocado que la protagonista descienda en la escala social de manera que, al convertirse en institutriz, esté más próxima a la clase media-baja que a la élite religiosa y cultural de la que proviene. Si bien su trabajo de crianza y educación de los hombres y mujeres del mañana la coloca en una posición de gran relevancia, la marginalidad a la que se ve subyugada por los condicionantes sociales dificultan, cuando no impiden su trabajo.

Agnes es una educadora que, no obstante, carece de la autoridad necesaria para imponerse a sus discípulos. Su trato con ellos se plantea como una guerra constante.

⁷ De hecho, esta es la clave de lectura propuesta en dos artículos muy interesantes "Portrait of a Governess, Disconnected, Poor, and Plain: Staging the Spectral Self in Charlotte Brontë's Jane Eyre" de Laurence Talairach y "From Portrait to Person: A Note on the Surrealistic in Jane Eyre" de Lawrence E. Moser. Ambos artículos retratan a Jane Eyre como un ser invisible y fantasmal que logra materializarse y labrar su identidad y su lugar en la sociedad (Rubio, 2018, p. 10).

Cuando comienza a trabajar en Wellwood House, durante un recreo en el que sale a pasear con los niños Bloomfield, relata:

Durante ese rato nos llevamos tolerablemente bien salvo por una cuestión: me di cuenta de que ellos no eran conscientes de que venían conmigo, sino que más bien era yo quien debía ir con ellos a donde fuera que quisieran llevarme. Yo debía correr, caminar, o permanecer parada según convenía mejor a sus juegos (Brontë, 2020, p. 38).

El capricho de las criaturas impide a Grey realizar su trabajo y lo que es peor, la rebeldía infantil encuentra refuerzo en los progenitores quienes critican constantemente a Agnes. Así, por ejemplo, el señor Bloomfield la acusa de negligencia:

Pensaba que cuando tuviéramos institutriz serían mejores pero en lugar de eso se están volviendo peores cada vez: no sé qué está pasando con sus lecciones pero con sus hábitos, desde luego no dan ningún síntoma de mejoría (Brontë, 2020, p. 52).

Por su parte, su esposa la reprende por mostrarse demasiado despótica con su hija tal y como se ve en este diálogo entre ambas: “- ¿Qué son esos chillidos horribles? - la señorita Mary Ann se está comportando mal señora, tiene una rabieta. - Nunca jamás había oído un ruido tan horrible. Debe de estar usted matándola” (Brontë, 2020, p. 49). Agnes se perfila como una víctima de su propio trabajo que, por su posición intermedia en el seno de la familia, como mediadora entre padres e hijos, no satisface las expectativas de ningún bando.

4. *AGNES GREY*: LA REPRESIÓN DE LOS DESEOS

Simón Hernández (2017, pp. 132-133) ha señalado cómo en el ideario colectivo y cultural de la sociedad victoriana, la mujer soltera era una figura omnipresente, ya que los acontecimientos bélicos de la época (las guerras napoleónicas) y otros factores determinantes (como la mortalidad infantil o la emigración masculina) habían provocado que la población femenina aumentase durante todo el siglo XIX. Hill en su obra *Women Alone: Spinsters in England, 1660-1850* (2001), refleja la naturaleza de las relaciones entre estas mujeres solteras, su forma de vida, sus trabajos (como el de institutriz) y sus vías de escape. Especial interés tiene el término *spinster*, palabra que actualmente tiene connotación negativa, y se traduce por "solterona". La idealización del matrimonio había alcanzado, en estos momentos, tal magnitud, que el término *spinster* acabó teniendo un significado negativo.

Por su parte, Rubio (2018, p. 15) abunda en la soltería como arquetipo negativo que funciona como un estigma con el que se caracteriza a las institutrices. Éstas son mujeres que se alejan del ideal victoriano de señora casada y respetable y que se aproximan peligrosamente a la soledad turbia que rodea a la figura de la prostituta:

Both categories of women were defined in terms of their distance from the ideal role of wife and mother: prostitutes and spinsters alike were believed to be barren and repulsive

to decent men. The figure of the governess threatened to combine the most disturbing aspects of these two archetypes... (Hughes, 2001, pp. 119-120).

En el caso de *Agnes Grey*, la institutriz es la infeliz solterona que debe lamentarse por no haber nacido con la suerte de mujeres tan superficiales como su pupila, la señorita Rosalie Murray, cuyo destino es un matrimonio decente y ventajoso. Rosalie es una muchacha muy hermosa y muy coqueta que, sin embargo, a pesar de sus propias veleidades amorosas, considera impropio cualquier acercamiento amistoso entre su maestra y un hombre, aunque éste sea un clérigo respetable. Cuando el señor Weston empieza a mostrar inclinación por Agnes, Rosalie ridiculiza y exagera la incipiente relación:

¡Oh señorita Grey!, por fin ha venido, ¿eh?. Me pregunto por qué se ha rezagado tanto, aunque ahora entiendo por qué defiende usted con tanto esmero al señor Weston cuando me meto con él... ¡Ajá!, ¡ahora lo veo todo! [...] ya ves, Matilda, acabamos de averiguar por qué (*miss Grey*) va tanto a casa de Nancy Brown: va allí a coquetear con el señor Weston (Brontë, 2020, p. 173).

Con este comentario, la maliciosa muchacha pone en duda incluso las acciones caritativas de Agnes, que únicamente acude a casa de la casi ciega señora Brown para ayudarla con la costura⁸ y leerle la Biblia. De acuerdo con las palabras de Rosalie, toda posibilidad de enamorarse o de casarse sexualiza a Agnes de un modo inadecuado y la hace sospechosa de querer aprovecharse de su juventud y posición prevalente en Horton Lodge para salir de la situación social en la que se encuentra.

Este talante restrictivo de la sociedad victoriana respecto a las institutrices ha llevado a entender su figura asexualizada como una especie de tercer sexo. Trev Broughton denomina “the sex-less image of a governess” esta fórmula de exclusión que obliga a estas mujeres a contener sus pasiones y sus deseos más profundos para no ser juzgadas severamente (Rubio, 2018: 17):

As readers may have noticed, the mid-century debate about the “Governess Question” is largely silent about her potential as a marriage partner, as a possible mother, as a sexual subject, or indeed as a subject of desire of any kind (...) Yet throughout the century there seems something overemphatic about the public image of the governess as “spinster”, as “redundant” or “surplus”: as if she were a sort of third sex beyond the pale of conventional expectations (Broughton, 1997, pp. 176-177).

Curiosamente, en el caso de Agnes, esta idea acentúa el interés por el personaje, ya que aquello que debe ocultarse normalmente se desea con más fuerza y ello provoca que la expresión de los propios afanes resulte particularmente atractiva para el lector. La pulsión amorosa de *miss Grey* hacia el señor Weston aflora conscientemente y ella misma lo reconoce, cuando señala que, sin confesárselo a nadie, ni siquiera a su propia madre:

⁸ Curiosamente, El antiguo significado de la palabra *spinster* era el de hilandera, y en su evolución semántica a lo largo del tiempo se aprecia la progresiva asociación de esta labor con la situación de la mujer sola (Simón, 2017, p. 133)

pensaba en él, apreciaba su imagen en mi mente y atesoraba cada palabra, cada mirada y cada gesto que mi memoria retenía y pensaba en sus excelencias y peculiaridades y todo lo que de él había visto, escuchado o imaginado (Brontë, 2020, p. 262).

Es más, Agnes se recrea en la idea del sacrificio: "no volvería a verlo más, si me fuera negado contribuir a su felicidad, prohibido para siempre probar las alegrías del amor, bendecir y ser bendecida" (Brontë, 2020, p. 263). La protagonista sostiene a solas estas preocupaciones muy diferentes a las de cualquier otra joven en edad casadera de la sociedad victoriana. Sin embargo, sus necesidades nos permiten apreciar que la realización de sus deseos es un elemento fundamental para construir su identidad. Tras la fachada forzosa de la institutriz solterona, asexual y anodina, de la que hablaba Broughton, emerge una personalidad anhelante y esperanzada cuyas expresiones amorosas escandalizarían a cualquiera que se asomara a su cuaderno de poemas:

a menudo buscamos alivio en la poesía, ya sea en las efusiones de los otros [...] ya en nuestros propios intentos de expresar esos pensamientos y sentimientos en versos, tal vez no tan rítmicos pero más auténticos [...] todavía conservo aquellas reliquias de pasión y experiencia pasada (Brontë, 2020, p. 227).

En Agnes también encontramos a lo largo de la novela, el instinto maternal. La necesidad de proteger a sus pupilos surge, en su caso, no sólo del apego que siente hacia sus padres, sino también de la autocompasión ya que ella misma, a su llegada a la mansión de Horton Lodge, situada a setenta millas de su hogar, añora enormemente a su familia: "Me sentía como si me hubieran alejado de todo encanto y de repente, hubiese caído de las nubes en una tierra lejana e ignota, completamente aislada de todo lo que había visto o conocido antes" (Brontë, 2020, p. 93). En su primer empleo, en Wellwood House, Agnes no puede evitar, por momentos, identificarse con sus pequeños pupilos que, como la propia institutriz, están desplazados del mundo de los adultos que los rodean: "todos los que venían de visita me resultaban más o menos molestos, no porque me ignoraran [...] sino porque me era imposible mantener a mis alumnos alejados de ellos, algo que se me indicaba repetidamente que hiciera" (Brontë, 2020, p. 75). La necesidad de mitigar la propia soledad es, en su caso, un factor fundamental para tratar de proteger y entender a los niños, aunque dada la actitud abiertamente hostil de éstos, este sentimiento inicial de empatía no sirva a Agnes de demasiada ayuda.

Al comienzo de su vida como institutriz, *Miss Grey*, ingenuamente, alberga la esperanza de que el vínculo que entable con sus discípulos trascienda y se convierta en un lazo parecido al de una madre con sus hijos y para lograr este propósito, confía únicamente en el valioso referente que le proporciona su propia educación:

¡Qué encantador sería que me confiaran el cuidado y la educación de unos niños! [...] Lo único que tenía que hacer era volver los ojos de mis pequeños alumnos hacia mí misma a su edad y sabría, en el momento, cómo ganarme su confianza y afecto, cómo estimular el arrepentimiento entre los desobedientes, cómo envalentonar a los tímidos y cómo consolar

a los afligidos; cómo hacer la virtud practicable, la instrucción deseable y la religión hermosa y comprensible (Brontë, 2020, p. 20).

Desgraciadamente para la protagonista, los pupilos de la casa Wellwood son indomables y a pesar del ejercicio de cualidades propias de la mejor madre: "firmeza inquebrantable, diligencia devota, perseverancia incansable y cuidado incesante" (Brontë, 2020, p. 77), la señora Bloomfield decide despedir a Agnes haciéndola responsable de la baja formación académica, los modales zafios y el temperamento rebelde de sus hijos.

Algo más reconfortada se sentirá tras su paso por Horton Lodge ya que, en el tramo final de la novela, Rosalie Murray, convertida ahora, tras un ventajoso matrimonio, en lady Ashby, la reclama para hacerle participe de su infelicidad matrimonial, una cuestión que no puede confesar a su propia madre, la señora Murray ya que ésta ha sido el principal artífice de su enlace. Rosalie sabe perfectamente que la señorita Grey se ha comportado con ella durante sus años de institutriz, como una verdadera figura materna, ya que, en sus propias palabras: "(Miss Grey) hablaba con ellos y era muy agradable y divertida, a veces, a su manera, que era bastante diferente a la de mamá, pero que estaba muy bien para variar" (Brontë, 2020, p. 110). Precisamente esta confianza en su amabilidad y cariño hace que, sólo doce meses después de su boda, le escriba una carta para que la visite en Ashby Park "por piedad hacia su amiga" (Brontë, 2020, p. 266). Agnes puede sentirse satisfecha en cuanto a su ascendente sobre Rosalie aunque la visita a la mansión de los Ashby resulte infructuosa, ya que su antigua pupila no parece muy dispuesta a seguir sus consejos para alcanzar una mayor felicidad en su vida conyugal.

La existencia de Agnes en sus años de institutriz se caracteriza por el tedio y la alienación (Rubio, 2018, p. 21). Los días son rutinarios y sus tareas mecánicas, sólo amenizadas por las trastadas o caprichos de sus pupilos. Despertarse al alba, ayudar a sus alumnos en su aseo, aparecer siempre impecable en su vestimenta y modales, enseñar (o tratar de hacerlo) una serie de materias concretas cada día, comer con los pupilos y educarlos en los modales de la mesa y en definitiva, hacer todo lo posible (y lo imposible) para que sus empleadores se sientan complacidos por su atención y desvelo hacia los niños:

Cuando queremos juzgar los méritos de una institutriz -dice la señora Murray- miramos a las jóvenes que atestigua haber educado y la juzgamos en consecuencia. La institutriz juiciosa sabe esto, sabe que mientras ella vive en la oscuridad, las virtudes y defectos de sus alumnas están expuestos a todos los ojos y, a no ser que se olvide de sí misma en su tarea, no tiene esperanza de éxito (Brontë, 2020, p. 236).

En estas escuetas palabras, la señora Murray expresa de manera tajante el extrañamiento que debe autoinfligirse la buena gobernanta. La alienación, término definido por Hegel como el distanciamiento del sujeto en relación consigo mismo era algo en lo insistían los manuales que se escribían para especificar qué se esperaba de una buena institutriz y que los Murray exigen a rajatabla. De igual manera, dada la importancia de la religión en esa época, cabe resaltar la definición de alienación que da Ludwig Feuerbach, quien, por su parte, utilizaba el concepto de alienación para explicar

el fenómeno religioso en el cual el ser humano renuncia a su propia naturaleza en favor de la de un ser entregado a Dios (Rubio, 2018, p. 13). También este aspecto es exigible a Agnes que según la señora Murray, debe ser un ejemplo de virtudes cristianas en el trato con sus discípulos:

espero que usted mantenga la calma y sea siempre paciente y tolerante [...] hasta ahora todas las institutrices, incluso las mejores, han mostrado ser deficientes en este respecto. Carecían de ese carácter manso y tranquilo del que san Mateo, o quien fuera, decía que era mejor que cubrirse de adornos (imagino que usted conoce de sobra el pasaje al que me refiero al ser hija de un clérigo (Brontë, 2020, p. 98).

En definitiva, en este contexto, la resignación es la única salida para una buena gobernanta tal y como la propia Agnes confiesa: "Me tragaba mi orgullo y reprimía mi indignación" (Brontë, 2020, p. 106).

Esta vida, insoportablemente monótona y restrictiva, sólo parece animarse un poco con la asistencia a la iglesia los domingos y con las visitas caritativas de Agnes a los colonos de Horton Lodge a quienes ayuda en lo que puede⁹. Casualmente, en ambos lugares va a coincidir con el señor Weston, un clérigo por el que pronto sentirá una inclinación amorosa que se verá correspondida.

Los paseos al aire libre y la contemplación de la naturaleza son otras de las vías de esparcimiento de Agnes. Estas dos aficiones también propician su relación con Weston e incluso, le van a proporcionar otro tipo de entretenimiento ya que sus caminatas aleatorias por los senderos de Moss Lane le permiten ser testigo de los escarceos amorosos de la señorita Rosalie y el párroco Hatfield. La señorita Grey obligada a ser carabina de Rosalie, descubrirá para su sorpresa y escándalo, que el interés de la joven en el párroco es puramente superficial y sólo que aspira a seducirlo para satisfacer su propia vanidad. Agnes se horroriza ante esta actitud de su pupila, pero más adelante, cuando Rosalie quiera repetir la maniobra con Weston, descubrirá en ella misma nuevas emociones como el deseo, el amor y los celos.

Las pulsiones sexuales afloran en Agnes casi sin querer, ante la presencia de una posible rival y en la línea de la propensión erótica que Virginia Woolf (2012, p. 130) señalaba en *Una habitación propia*: "Albergamos un instinto profundo, aunque irracional, en favor de la teoría de que la unión del hombre y de la mujer posibilita la máxima satisfacción, la felicidad más plena". En esta idea de plenitud a través del amor romántico, insiste la señorita Grey cuando confiesa su necesidad de establecer "una comunión con esa alma en la que me sentía tan profundamente interesada y asimilar sus pensamientos más puros y mis más sagradas aspiraciones sin que tal felicidad tuviera pega alguna" (Brontë, 2020, p. 209).

⁹ En general, en esta época, la filantropía se relaciona con la pureza, con una cierta represión de cualquier impulso erótico. No obstante, esta actividad filantrópica también desafía el estatus de ángel del hogar, conectando la esfera doméstica con la pública, lo cual podía conducir a un cierto descuido de lo doméstico y ser síntoma de un cierto grado de ambición. Además, la filantropía, aunque se presentaba como una extensión del papel femenino en lo doméstico, a menudo era mal vista por aquellos que veían peligro en la incursión en la esfera pública de una mujer, ya que esto podría embastecerla y así perder su elegancia y finura (Fernández, 2015, pp. 363-364)

La sexualidad de Agnes no ha sido obviada en la novela. La atracción física forma parte del retrato psicológico de la protagonista y está presente en sus confesiones (García, 1988, p. 35). Hay al menos dos alusiones suficientemente claras con respecto al deseo en la protagonista. En la primera de ellas, el deseo se despierta en Agnes al evocar la pasión que percibe en el señor Weston y conlleva para ella, sentimientos vergonzantes que la propia protagonista expresa:

He omitido contar sus palabras con detalle, partiendo de la idea de que no interesarían tanto al lector como a mí, no porque las haya olvidado. No. Las recuerdo bien porque pensé en ellas una y otra vez en el transcurso de ese día y de muchos sucesivos, no sabría decir con qué frecuencia y recuerdo cada entonación de su voz profunda, cada destello de sus vivos ojos castaños y cada brillo de su amable sonrisa aunque demasiado fugaz. Tal confesión parecerá muy absurda, me temo, pero no importa: ya la he escrito y los que la lean no sabrán quién es el escritor (Brontë, 2020, p. 188).

En la segunda ocasión, Agnes se descubre a sí misma implorante, suplicando a Dios que no permita a la señorita Rosalie llevar adelante sus propósitos y enamorar a Weston:

Por esta oración hubiera podido ser repudiada tanto por hombre como por mujeres pero Padre, tú no me despreciarás dije y sentía que era verdad. Tenía la sensación de estar implorando tanto por el bien de otro como por el mío... No, que incluso ese era el objetivo principal del deseo de mi corazón (Brontë, 2020, p. 174).

En este párrafo revelador, la protagonista apela a la moralidad de sus sentimientos frente a la vacuidad de su rival para justificar a sus propios ojos y a los del lector, su pasión amorosa. Indudablemente en Agnes impera, incluso en estas circunstancias, una conciencia moral, sustentada por valores religiosos y reafirmada por las normas sociales. No podría ser de otra forma si tenemos en cuenta su educación y su condición de hija de un clérigo.

5. APUNTE FINAL: AGNES MAESTRA, LA ESCUELA VICTORIANA

Al finalizar la novela, Agnes, tras la muerte de su padre y la renuncia de su madre a los derechos a la herencia de su abuelo, decide fundar una escuela para jovencitas bajo la dirección materna:

nuestra escuela no estaba situada en el corazón de la ciudad. Al entrar en A - desde el noroeste hay una hilera de casas de aspecto respetable [...] En una de las viviendas más grandes habitábamos mi madre y yo, con las jóvenes que nuestros amigos y el público habían decidido encomendar a nuestro cargo (Brontë, 2020, p. 287).

La escuela de las Grey, situada en una ciudad / “balneario de moda”, se financia con la venta de la casa familiar y del mobiliario que les queda tras la muerte del patriarca. Inicialmente, atraen a “dos o tres alumnas, para empezar” (Brontë, 2020, p. 251). Poco a poco, gracias al prestigio que van adquiriendo, este escaso número inicial se va

incrementando. En una visita de Weston Agnes comenta: “Me preguntó si nuestros asuntos prosperaban y le contesté que nos iban muy bien. Habíamos aumentado el número de alumnas después de la Navidad y esperábamos aún más al final de éstas” (Brontë, 2020, p. 291).

Las asignaturas que se impartían en primera instancia eran muy básicas. Hablamos de lo que se conocía como las *Three Rs: Reading, wRiting and aRithmetic* (lectura, escritura y aritmética). Además, las maestras dedicaban una especial atención a la caligrafía y al uso de la pluma y la tinta ya que tener una letra firme, inteligible y con bellas curvas, se consideraba una cualidad muy apreciada en las estudiantes:

entré en el aula para atender a las alumnas pero entre los cuidados de la caligrafía y las sumas, en los intervalos entre corregir errores por aquí y reprender un descuido por allá, interiormente me regañaba a mí misma (Brontë, 2020, p. 261).

La metodología habitual era que las alumnas memorizasen poemas, rimas, canciones y oraciones y las recitasen en voz alta en clase, para aprender a pronunciar correctamente. La educación femenina también se centraba en gran medida en los talentos que se esperan de una joven instruida, como el aprendizaje de las labores, el conocimiento del francés, cierta destreza en el dibujo y las habilidades musicales (Galán, 2020, p. 67). La propia Agnes hace referencia a esta educación más esmerada cuando expresa su decepción ante la llegada de un hombre que ella desea que sea el señor Weston, pero que resulta “ser un maestro de música que venía a ofrecer sus servicios para nuestra escuela” (Brontë, 2020, p. 260).

Las disciplinas escolares también incluían actividades deportivas. Hasta mediados del siglo XIX se consideraba que la niñas y mujeres no debían practicar deportes para preservar su anatomía de cara a la reproducción. En este sentido, pasada la mitad del siglo, se produce un cambio de tendencia y los médicos empiezan a aconsejar a las chicas que fortalezcan sus cuerpos, haciendo algo de deporte. La madre de Agnes corrobora esta nueva corriente higienista cuando, viendo a su hija demacrada y con mal aspecto, le dice: “Tienes que aprender a tomar las cosas con más calma y ser más activa y alegre. Haz ejercicio, siempre que puedas y déjame a mí las tareas más pesadas” (Brontë, 2020, p. 263). La propia Agnes también incide en el desarrollo de actividades deportivas cuando señala que acostumbra a dar largas caminatas por la playa “ya fuera con mis alumnas, ya fuera con mi madre durante las vacaciones” (Brontë, 2020, p. 287).

Escuelas femeninas, como la de las Grey, sentaron las bases de la educación pública para las mujeres victorianas, aunque el acceso a la educación superior fuera prácticamente imposible. Lo único que les era permitido, a partir del año 1848, era asistir a la Universidad de Queen, para formarse como maestras. Sin embargo, los avances en materia educativa fueron progresando con el paso de los años y gracias a las escuelas para chicas, muchas mujeres pudieron acceder a nuevos empleos como secretarías, vendedoras, cajeras, mecanógrafas, enfermeras, parteras u obstetras.

La maestra, en estas escuelas, es una mujer con una imagen más relajada que la de la de las severas institutrices particulares (Galán, 2020, p. 67). Agnes subraya la enorme

mejoría que su vida laboral experimenta gracias a su nuevo estatus como profesora independiente: “había, de hecho, una considerable diferencia entre trabajar con mi madre en una escuela propia y trabajar entre extraños, depreciada, pisoteada por mayores y jóvenes” (Brontë, 2020, p. 259). Esta felicidad, será sustituida por la dicha conyugal en el momento en que se case con el señor Weston y deba abandonar sus tareas como docente y dedicarse al cuidado de su familia y a la educación de sus hijos.

6. CONCLUSIÓN

Agnes Grey es un trasunto biográfico de Anne Brontë. Al haber sido la autora institutriz, conocía bien los sinsabores de la profesión y había vivido en sus propias carnes la sensación de exclusión y marginalidad que las educadoras particulares sufrían, cuestiones que se tratan en la novela. Además, Anne Brontë deja claras sus ideas sobre las cualidades que debe reunir una institutriz (paciencia y resignación) sin obviar los métodos disciplinarios que son imprescindibles para alcanzar el objetivo de formar la mente y el espíritu de los jóvenes a su cargo. De igual modo, subraya la falta de apoyo que, en su labor, obtiene de los progenitores de sus alumnos que se desentienden totalmente de sus obligaciones educativas al haber delegado totalmente éstas en la persona a la que contratan.

No sólo es interesante el análisis pedagógico que ofrece la novela sobre la educación en época victoriana, también la autora se ocupa de trazar un perfil psicológico muy atinado sobre la personalidad de su protagonista. Como ha señalado Lorna Clark (2003, p. 40), al escribir desde el punto de vista femenino, las mujeres novelistas individualizaron a sus personajes *spinters* más allá de estereotipos preconcebidos y supieron describir certeramente el mundo al que su soltería y su género las confinaban. Como podemos ver en el caso de *Agnes Grey*, los lazos emocionales más fuertes de las institutrices se formaban con empleadores, alumnas, parientes y excepcionalmente, con aquellas personas necesitadas a las que prestaban cuidados (Nancy Brown) o con algún clérigo, como el señor Weston, poco sospechoso, en principio, de algún interés espurio.

Agnes es una joven inquieta, con ansias de conocimiento, instinto maternal y ganas de enamorarse que, no obstante, debe hacer frente a una negación de sí misma que, en no pocas ocasiones, le resulta asfixiante. Sin embargo, a pesar de su docilidad aparente, la protagonista se revela como una docente con una vocación férrea y las ideas muy claras que, además, reclama para sí misma el trato y la dignidad que merece y que, en sus propias palabras, corresponden a "una mujer respetable y bien educada, instructora y guía" (Brontë, 2020, p. 86).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barker-Benfield, G. J. (1992). *The Culture of Sensibility: Sex and Society in Eighteenth-Century Britain*. University of Chicago Press.

- Brontë, A. (2020). *Agnes Grey*. Austral.
- Broughton, T. L. (1997). *The governess: an anthology*. Sutton Publishing.
- Catelli, N. (2008). Prólogo. En C. Brönte, *El profesor* (pp. 5-8). RBA.
- Clark, L. J. (2003). From the Margins to the Centre: The Spinster as Author, Narrator and Actor. *The Burney Journal*, 6, 36-54.
- Correa Ramón, A. (2006). El siglo de las lectoras. En M. P. Celma Valero y C. Morán Rodríguez (Eds.), *Con voz propia. La mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX*, (pp. 29-39). Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
- Duby, G. & Perrot, M. (1993). *Historia de las mujeres en Occidente, El siglo XIX*. Taurus.
- Fernández Mosquera, A. I. (2015). *La family novel inglesa del siglo XIX: el modelo femenino de Charlotte Yonge*. [Tesis doctoral, Universidad de Vigo]. <https://www.investigacion.biblioteca.uvigo.es/xmlui/bitstream/handle/11093/440/La%20family%20novel%20inglesa%20del%20siglo%20XIX.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Galán Rodríguez, N. (2020). Miss Jane and miss Eyre: de alumna a profesora en *Jane Eyre*. *DIGILEC Revista Internacional de Lenguas y Culturas*, 7, 61-72. <https://doi.org/10.17979/digilec.2020.7.0.7102>
- García Doncel, M. R. (1988). *El modelo femenino en Jane Eyre*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz. <https://tiendaeditorial.uca.es/descargas-pdf/8477869545-completo.pdf>
- Gaskell, E. (2016). *Vida de Charlotte Brontë*. Alba Minus.
- Hill, B. (2001). *Women Alone: Spinsters in England, 1660-1850*. Yale University Press.
- Hughes, K. (2001). *The Victorian governess*. Hambledon and London.
- Martínez Martín, J. A. (2001). La circulación de libros y la socialización de la lectura. Nuevos públicos y nuevas prácticas. En J. A. Martínez Martín (Coord.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, (pp. 455-472). Marcial Pons.
- Pardo Bazán, E. (1976). *La mujer española y otros artículos feministas*. Editora Nacional.
- Pérez Porras, A. (2018). La educación y el progreso social en la Inglaterra victoriana: El caso de Emily Brontë en *Wuthering Heights*. En J. D. Sánchez, M. E. Jaime de Pablos y M. Borham Puyal (Coords.), *La Universidad con perspectiva de género* (pp. 253-265). Ediciones Universidad de Salamanca. <https://gredos.usal.es/handle/10366/138843>
- Regás, R. (2008). Prólogo. En G. Elliot, *Middlemarch* (pp. 7-12). RBA.
- Rubio Céspedes, D. (2018). *Lienzo en blanco: construcción y desviación en la identidad de la institutriz victoriana*. [Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Bogotá]. <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/39373/u821347.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Simón Hernández, F. (2017). El estereotipo de la solterona: literatura y construcción social en la Inglaterra de Jane Austen (1775-1817). *Revista de historiografía*, 26, 125-148. <https://doi.org/10.20318/revhisto.2017.3702>
- Walker Gore, C. (2014). Setting Novels at Defiance: Novel Reading and Novelistic Form in Charlotte M. Yonge's *The Heir of Redclyffe*. *Nineteenth-Century Gender Studies*, 10(1).

Wilks, J. (2019). *The Tory Baronet, Or Tories, Whigs, and Radicals*. Creative Media Partners, LLC.

Woolf, V. (2012). *Una habitación propia*, Alianza.